

NARRATIVA

Arañas azules

Roberto Reyes Tarazona

Hoy voy a realizar mi más ambiciosa obra: un *oukoshisei*, no un simple *irezumi*. Estoy a punto de iniciar lo que tantas veces soñé desde mi adolescencia, cuando se me dio por este trajín de atrapar sensaciones con trazos y colores en la piel. Después de tantos años, voy a estar a la altura de las exigencias de mi maestro.

El pedido del Brujo ha roto la rutina de encargos que cumplo con suficiencia y a veces con desdén; estoy lejos de cuando aceptaba cualquier cachuelo para seguir dándole a la matraca que era mi vida. Ahora, si no me cuadra un pedido, puedo darme el lujo de rechazarlo, así me tienten con pagos ni soñados en otra época.

Como siempre, tengo todo a mano: las agujas de diverso largo y grosor, los incontables frascos de tintes en la estantería, las muestras de algunos de mis mejores trabajos y, como nunca antes, sé lo que necesita mi cliente sin necesidad de escuchar su pedido. En otros casos, la exploración de la personalidad de quien demanda mis servicios, mientras voy observando la textura de su piel, su musculatura y el funcionamiento de sus glándulas, puede demorar varias horas, a veces días. A lo largo de mi aprendizaje del *oukoshisei* con el maestro Shimitzu y su ancestral técnica, asimilé que para ser artista no solo se requiere tener buen pulso,

imaginación, sentido del color y la forma. Sobre todo, uno debe comprometerse por entero con su materia e identificarse de algún modo con el cliente. Esto es desconocido por la legión de tatuadores que ha empezado a proliferar; ahora, se les encuentra hasta en los centros comerciales. Durante años me he ejercitado en seguir con esmero las enseñanzas de mi maestro y nunca me permití darle la contra. Aparte de respeto y reverencia, tenía miedo de contradecirlo; él era un hombre bondadoso, pero tajante y definitivo en sus decisiones. Nunca daba marcha atrás. Sin el maestro, aun si me hubiera dedicado a este milenarismo arte durante años, no habría alcanzado la maestría y el prestigio que poseo gracias a sus insuperables enseñanzas.

Nunca esperé que el Brujo —a quien le pusieron esta chapa por ser hijo de un curandero— cayera por propia iniciativa en mi taller. ¡Y tan sobrio y relajado! Yo me puse a la altura de las circunstancias, como si nada hubiera pasado entre nosotros, como si nunca se hubiera producido una ruptura que, en su momento, debido a mi vehemencia y juventud, consideré definitiva.

Uno garabatea una pared de cualquier lugar de la ciudad para descargarse, para sacar la mierda metida dentro, y está bien. Así se empieza. Después de que se gastan las palabras, uno quiere seguir de otra manera porque no puede detenerse, y ahí están las formas huidizas como fantasmas que uno intenta atrapar con el *spray*. Y también está el riesgo de ser atrapado y terminar en cana. Y está bien. Pero no bastan las palabras, el riesgo, las formas tornadizas, la sorpresa de los transeúntes y la cólera del dueño de la pared. Uno quiere más y no puede, y uno busca en el trago y en el humo dulce y en la lucidez blanca y excitante cualquier cosa. Y está bien, aunque por poco tiempo, porque uno quiere más, y no sabe qué; solo hay un agujero imposible de llenar con nada. Y no se puede parar; al menos yo no pude hacerlo desde entonces. No lo sabía en esa época, pero algunos sí pueden ponerse freno, o cambiar de vía hacia rumbos seguros y hasta bien pagados, aún después de haber compartido la fraternidad de las noches en blanco, o en azul o en naranja; la búsqueda de espacios disponibles en las calles iluminadas por los pálidos resplandores del alumbrado público, en las paredes libres de rejas y cercos; la adrenalina de crear a pesar

de los riesgos cuando se invade lo ajeno. No me podía imaginar que uno de los nuestros, un compañero con quien sobran las palabras para evaluar una obra, pudiera venderse para asegurar el futuro. Y no era cuestión de trabajos de subsistencia, pues cada uno se las arreglaba como podía, sino de algo desplazando nuestros implícitos acuerdos.

No puedo liberarme de la imagen del Brujo como un cordero amarrado de las patas. Pero no estoy sorprendido. Hace tiempo que la filosofía del maestro se ha afincado bien al fondo de mí. ¡Cuánta razón tenía!: si tenemos la suficiente confianza y paciencia, el destino termina jugando a nuestro favor.

Si el Brujo ha venido a mi taller debe ser porque le han llegado los ecos de mi fama y quiere cerciorarse de cuán justo es eso. Porque si bien ahora hay tatuadores en todas partes, y cualquiera tiene algún mono pintado en el cuerpo, eso es escoria. Él debe saberlo. Teniendo en cuenta su profesión —¡uf!, artista de profesión—, confundir el trabajo de esos tatuadores con el arte de un creador de *oukoshisei* sería como poner en el mismo plano a los embarradores de lienzos para turistas de Miraflores con los verdaderos creadores.

Después de los saludos de rigor, como si nos hubiéramos dejado de ver solo unos días, le pregunto si con anestesia o sin ella. Mis tatuajes no son un divertimento —¡él debe saberlo!—, sino el resultado de técnicas ancestrales que requieren agujerear la piel, penetrarla y hasta desgarrarla, mientras los tintes se integran de manera indeleble en ella para siempre. Por eso, el dolor es una consecuencia natural, y por eso también el diseño debe significar algo importante, algo proveniente de lo más íntimo de la personalidad o de las aspiraciones de cada uno. ¿Qué querrá?, me pregunto, aunque intuyo la respuesta. Lo más común es el homenaje a alguna mujer, una imagen obsesiva, un símbolo especialmente significativo, aunque también la simple y contundente belleza de un pez koi, un crisantemo, un tigre, pero no un convencional dragón.

—Ya sé —le digo sin detenerme a pensar—, vienes por una araña.

Él mueve la cabeza de arriba abajo, como diciendo: sí, pues.

No digo nada, evitando mostrar mi agitación interior. Ambos actuamos como si estuviéramos cumpliendo un pacto antiguo.

—¿Traes algún diseño? —le pregunto.

—Sería una falta de respeto. Tú eres el artista, ¿no? —me dice sin asomo de ironía. Satisfecho, no puedo evitar una leve sonrisa.

—¿Con o sin anestesia? —insisto, aunque distraídamente, impaciente por empezar. Están desfilando por mi mente a mil por hora los malignos ojos y poderosas mandíbulas de las viudas negras, las pieles coloridas y surcadas de extraños dibujos de las arañas tigre, las patas peludas y el cuerpo escarapelante de las tarántulas, la mortal ingravidez de las tejedoras.

—La creación es dolorosa, ambos lo sabemos —me dice sentencioso—, y yo quiero aportar con mi pellejo. Será una nueva experiencia. Solo espero sacar algo que valga la pena.

Los compañeros de la onda de los grafiti, testigos de la bronca que le armé al Brujo cuando me enteré de su traición, quizás también considerarían normal nuestro comportamiento. Por gusto no pasan los años. Además, un intercambio de golpes nunca puede ser motivo para guardar resentimientos imborrables; otra cosa es pasar de las manos a los fierros, que no fue el caso.

Pensándolo bien, en esa bronca había algo más que ganas de hacerle pagar su traición a nuestros principios. A cualquier otro, cargado con tantos problemas como el Brujo, tal vez le hubiera perdonado la defección. El Brujo había tenido una vida miserable, es cierto, y esta era su oportunidad de torcer la mano al destino, pero algo me impedía justificarlo y me obligaba a ser implacable con él; tal vez porque era mi mejor amigo, aunque nos bronqueáramos por cualquier pequeñez. Alguna vez fue por sus críticas a mis posturas radicales, otra, por una observación mía a la composición de un trabajo, o a los efectos que pretendía haber logrado. ¡Qué importa! Cuántas veces no nos habremos puesto un ojo negro, o provocado hematomas y chichones, sobre todo cuando estábamos en trance y los tragos o el humo nos exacerbaban el ánimo.

Después de una de estas broncas, el Brujo desapareció de circulación. Preocupado porque creí haberle dado un mal golpe, no paré hasta dar con él. Así me enteré de lo increíble, de lo que nadie del grupo quiso aceptar, hasta convencerse por otros medios de su defección. Con la confirmación del dato, la noticia corrió como cerveza el fin de semana: el Brujo, por lo bajo, ¡había ingresado a Bellas Artes!

Al principio, nadie lo podía creer. Se resistieron hasta cuando el Sapo Verde apareció con una provisión extra de latas de *spray*. Era material del Brujo, un regalo, producto de su decisión de abandonar nuestro arte callejero. Por poco lo agarramos a patadas por haber aceptado las latas del traidor. Es una herencia maldita, dijo alguien; quizás, yo mismo. Por eso arrojamos sus botes a la basura. No entendía cómo pudo haberle aceptado nada al vendido que creímos uno de los nuestros. Para los integrantes de la movida de entonces, no había término medio: nada era más repudiable que la pintura académica, esa falsa concepción del arte formal, ligada al mercantilismo. El Brujo, en el mejor de los casos, terminaría exhibiéndose como un mono en las galerías para colocar algunos de sus cuadros, o vendiéndose a cualquier cabrón explotador, a los periodistas sangrones, a los *marchands* alcahuetes, y a quienes viven de la producción de los pobres diablos ansiosos por un poquito de reconocimiento.

Para entonces, mi viejo había sucumbido a su mal. Fue un final cantado. En la última consulta, después de ser dado de alta del sanatorio, el médico le dijo a mi vieja que si no dejaba el trago no habría otra consulta. O seguía las indicaciones al pie de la letra, o se despedía de todo. Se trataba de un médico acertado, porque, como mi viejo no cumplió con lo primero, ocurrió lo segundo. Durante muchos años consideré que el vicio lo venció; sin embargo, en los últimos tiempos, me he inclinado a pensar que fue una especie de suicidio.

El fin empezó cuando le empezaron a dar diablos azules.

No sé si mi viejo veía efectivamente diablos azules, como se dice respecto a los afectados por el *delirium tremens*, pero sí le recorrían arañas por todo el cuerpo. Algunas se le subían del suelo, se metían por la boca del pantalón y avanzaban con sus patas afelpadas y

urticantes, provocándole escozor y escalofríos. Y desesperación. Pero esas no eran las peores; con toda la angustia que le producían las que le recorrían el cuerpo, nada se comparaba con la sensación provocada por las que se descolgaban del techo mediante un hilo pegajoso y se lanzaban sobre sus cabellos, seguían marchando sobre sus mejillas, bordeaban sus orejas y pasando por su barbilla llegaban al cuello. En ese trance se ponía a gritar, atropellando cuanto se encontrara en su camino, fueran objetos o personas. En casa, sus hijos nos refugiábamos bajo la cama o donde pudiéramos. Mi madre salía corriendo. En las primeras ocasiones trató de apaciguarlo, ganándose brutales golpizas. Todo terminaba cuando él corría a la calle aullando y deambulando errático por el barrio, colisionando con todo a su paso. Se frotaba contra las paredes o los carros estacionados, como un oso contra los troncos de los árboles, y daba puñetazos a las paredes y a las puertas que llamaran su atención. Esto puede sonar como algo ligero y hasta gracioso, pero entonces, allá en el barrio, esta secuela de sus borracheras ya no le provocaba risa a nadie, sobre todo después de que casi mata al viejo Severino, quien trató de apaciguarlo en uno de sus ataques. Quizás, don Severino creyó estar ante una inofensiva borrachera, de esas que terminan con el afectado dormido en un parque o en el jardín de algún vecino. Cómo podía saber que mi padre iba de mal en peor. A raíz de sus ataques, no pocas veces terminó en la comisaría golpeado por los policías encargados de reducirlo, para que no dañara a la gente a raíz del paroxismo de sus alucinaciones.

Como ninguno agrega nada más, el Brujo se saca la camisa y yo procedo a extender el tatami. No necesito explicarle nada; debe conocer el ritual. Con la mayor naturalidad se recuesta boca abajo en la esterilla y acomoda el mentón en el soporte de madera de teca, una de los objetos más preciados de mi taller, también herencia de mi maestro. Yo me descalzo, ajusto mi kimono y apresto la aguja para empezar el trabajo. Con todos los materiales a la mano, sentado en posición de flor de loto, observo en silencio, como es de rigor, la musculatura del Brujo y confirmo su buen estado físico. No lo noto tenso en absoluto. ¿Habría leído sobre el significado de los tatuajes tradicionales? ¿O es una especie de desafío, tan propio de él? A pesar de los años transcurridos, no ha cambiado mucho.

En lo físico, porque en su comportamiento y personalidad se le nota más desenvuelto, hasta casi sobrado.

¡Qué distinto era mi pobre viejo! Él, gordito, calvo, aunque siempre ocurrente, sobrio o mareado, además de muy pacífico en su trabajo y en la casa, nunca aceptó ser responsable de cuanto le achacaban en sus ataques de diablos azules. Todo lo tomaba a broma, con comentarios ligeros e ingeniosos. Al fin, cuando terminaba aceptando ser visto por un médico, lo hacía más por seguir la cuerda a quien se lo propusiera que por creerse víctima de una enfermedad. Cuando años atrás se emborrachaba, nunca amaneció tirado en el suelo, pues apenas alguien lo veía durmiendo la mona así, daba la alarma. A la carrera, alborotaba la cuadra advirtiéndolo a gritos la bomba de mi viejo. Esas primeras veces sus borracheras provocaban el jolgorio del barrio, sobre todo de los chiquillos que nos acompañaban como comparsas en un carnaval cuando los de casa íbamos a rescatarlo. Tanta diversión encubrió la gravedad de la cirrosis carcomiéndole el hígado.

Los chicos de mi edad alborotaban la marcha de mi viejo a nuestra casa, pero nadie como el Brujo. Él se divertía a muerte cuando lo llevábamos a duras penas a dormir la mona a su cama. Pero nadie de mi familia veía con malos ojos su comportamiento. El Brujo era como un allegado nuestro; en su casa solo tenía padrastritos ocasionales, por calificar de la mejor manera a los acompañantes de su madre, y mi viejo lo apoyaba incluso en sus peores mataperradas. Obviamente, compartía nuestra mesa cada jueves y domingo. Cuando estalló la crisis de mi viejo y debió ser internado en el sanatorio, él, como pocos, lo visitó con regularidad. Porque tanto hizo mi viejo con su hígado y sus tripas, que al cabo de un tiempo no pudo encubrir con sus bromas o agudezas el innegable hecho de su enfermedad.

En mi primera visita, apenas le levantaron el severo aislamiento de varios meses, lo encontré demacrado, con la piel color gris cerúleo. Lo más impresionante fue su mirada de animal acorralado; además, encogía el cuerpo, como si quisiera pasar desapercibido. Qué opuesto a sus costumbres previas a su internamiento, cuando buscaba ser el centro de cualquier reunión con su arsenal de chistes

y su chispa para evidenciar flaquezas y defectos mediante apodos pícaros e ingeniosos a todo el mundo.

Cuando fue dado de alta, en casa quisimos echar tierra sobre esta penosa experiencia, pero en el barrio las cosas funcionan de otra manera. La gente lo recibió con alborozo y bromas a granel, de las que nadie se libra así haya pasado por un trance difícil. Los menos ingeniosos le preguntaban en qué playa había adquirido tan buen bronceado –producto de sus sesiones de *electroshock*–, cuando no lo invitaban a celebrar su regreso en el bar de Tito. Contra lo esperado, apenas retrucaba a las burlas y esgrimía una sonrisa cansada. Semejante reacción pronto aburrió a los chacoteros y, al poco tiempo, se fueron espaciando las burlas motivadas por su internamiento.

No sé si el consumo de incontables medicamentos y el tratamiento de *electroshock* fueron la causa de su cambio de ánimo, de la pérdida de su espíritu dicharachero. O, tal vez, marcado por las secuelas del alcoholismo y las consecuencias acarreadas por su paso en el sanatorio, era inevitable la depresión que lo aplastó por última vez.

Al Brujo se le dio por ensayar delante de él una serie de gestos inexplicables. Levantaba las manos sobre la cabeza y, como si estuviera empuñando algo, las movía en un remedo de la acción de ordeñar. Mi viejo pelaba los dientes en un remedo de sonrisa. Yo demoré en comprender que era un gesto de atrapar algo proveniente de lo alto: las famosas arañas descolgándose del techo. Cuando descifré el sentido de la burla del Brujo, me disgusté tanto que por poco le doy una patada. Pero la sonrisa de mi viejo, siguiéndole la corriente, me contuvo; además, él había sido un visitante fiel en el sanatorio. Por otra parte, mi viejo necesitaba integrarse a la atmósfera del barrio y no era cosa de envolverlo en una burbuja protectora. Rumiando mi fastidio, procuré desentenderme del asunto.

Para complicar la situación, mi viejo no fue capaz de encontrar otro empleo, lo cual derivó en la caída de nuestra situación social en el barrio. Hasta antes de su internamiento, éramos motivo de envidia de los vecinos: la nuestra era una de las escasas familias con padre y madre en casa, cuyo jefe de familia contaba con un

trabajo fijo, ocupando con holgura una cómoda vivienda de alquiler y con todos los chicos estudiando. A raíz de su crisis, todos los miembros de la familia debimos ponernos a trabajar, o tratar de agenciárnosla como podíamos para salir adelante, como hizo Marilú, nuestra hermana mayor, que se embarazó de un tipo casado y se fue con él a vivir fuera del barrio.

Nunca supe por qué el Brujo se la tomó así con mi viejo, quien lo había acogido con tanta consideración. En el barrio, ningún hombre se preocupa de cuestiones sentimentales, cosa de mujeres; nosotros nos guiamos por los hechos, a nadie le importa la vida interior de nadie, así se trate de un familiar. Por eso me costó tantos años aceptar la indicación del maestro Shimitzu de entrar en lo profundo de las personas, e incluso de las cosas, para llegar a la perfección en el arte del *irezumi* o, mejor, el *oukoshisei*, práctica muchísimo más compleja que colocar tintes bajo la piel. Toda una filosofía del arte.

Pasar de la pintura de la piel de la ciudad a la de los lienzos vivos fue un paso natural, diría mi maestro. En una época empecé a sentirme insatisfecho de mi expresión en los muros y paredes. ¿Cómo pasé de una a otra epidermis? Habrá sido producto de una iluminación, un *satori*, posterior a una de esas noches afiebradas de alcohol y drogas. O, quizás, resultado de alguna conversación perdida en el laberinto de mi memoria, de donde surgió el rumbo que empecé a tantear como gato recién nacido. Quién sabe, alguien tensó una cuerda que disparó la flecha de mi interés por explorar nuevos horizontes, nuevas formas de expresión. Debe haber sido alguien con quien conversé de manera eventual, ningún *nikkei* que yo recuerde. Con los únicos amigos de la colonia, Ideyoshi y Takano, nunca compartí inquietudes artísticas, sino solo palomilladas. Además, quizás yo sabía más de su cultura que ellos mismos; o, al menos, me interesaba más en ella. Los dos eran tan criollos como cualquiera. Takano, para referirse a la gente de la colonia, decía muy serio: “los ponjas”, tomando distancia y hasta burlándose de sus costumbres, su rígida disciplina e incluso su modo de entonar las palabras. El caso es que sin saber cómo ni por qué, aparecí en el local de Shimitzu pidiéndole ser su discípulo. ¿De dónde saqué tamaño coraje? De la ignorancia, claro. Si hubiera sabido entonces

lo que sé ahora del maestro, no me hubiera atrevido ni siquiera a presentarme ante él. Pero la ignorancia nos hace audaces, todo el mundo lo sabe, y yo era joven y estúpido, y no tenía miedo de ser arrojado de ningún lugar: estaba muy curtido en esos lances. ¿Qué vería el viejo maestro en mí, que me permitió hablar hasta el final? ¿La pasión en mis palabras, mi mirada suplicante, mi ropa salpicada de pintura? ¿O tal vez sería que no le ofrecí dinero –porque no lo tenía– para pagar sus clases, sino mis pobres servicios como una insólita forma de retribución? Tuve la precaución, eso sí recuerdo, de presentarme de la forma más humilde posible, como un siervo ante su amo, detalle sacado de una novela o de una película japonesa.

La piel del Brujo se mantiene tirante por el buen tono muscular, lo cual garantiza la posibilidad de un trabajo impecable. Ese es uno de los retos y bondades del trabajo: adecuar los trazos al relieve móvil de los músculos. Ahora, el éxito depende solo de mí. Para alcanzarlo debo serenarme, controlar mis nervios, dejar de actuar como un aprendiz.

Los primeros trazos sobre la superficie de la piel, además de fijar los bordes del diseño tienen –deben tener– un efecto relajante. Sobre una piel lisa y distendida, los primeros pinchazos la perforan de manera limpia y los pigmentos más oscuros empiezan a crear el marco en el que, luego, los azules, rojos y amarillos irán adquiriendo el esplendor requerido. Con los primeros pinchazos empiezan también los primeros estremecimientos y los gemidos contenidos, mezclados con el sonido acompasado de la aguja al penetrar en la piel. Eso me va devolviendo la confianza. Cuando llego a la cabeza de la araña, he olvidado todo, incluso sus quejas de mayor tono. El Brujo no quiere demostrar debilidad y se esfuerza hasta transpirar como un caballo, cayéndole el sudor de la frente y la sien hasta la barbilla. Yo no le enjuago el rostro; utilizo la gasa solo para secar la piel que recibe los tintes. Sus muestras de dolor, no sé por qué, me van liberando y tornando mis movimientos más precisos y audaces. La muñeca y los dedos me empiezan a doler, como si estuvieran agarrotados; pero no descanso y sigo. El Brujo debe estar sufriendo, pero no pide tregua, como hacen casi todos al cabo de una hora. Es como si se sumergiera en las sensaciones

punzantes y, a pesar de sus involuntarios gemidos, quiere mantenerse como si no pasara nada. En cada gasa desechada se mezclan la sangre con los pigmentos, sobre todo el azul, en una proporción incontrolable. Nunca he visto una araña azul, pero algo interior me urge a meter más y más este color.

Con las complicaciones de terminar la secundaria y trabajar a la vez, no supe en qué momento volvió mi viejo a las andadas después de su penoso internamiento. En esa ocasión, con tantos apremios para subsistir, nadie estaba para preocuparse de nada aparte de lo suyo, y le hicimos el quite al problema. Aunque, así hubiéramos estado tras de él, ¿qué hubiéramos podido arreglar? Al no poner nada de su parte, era imposible su recuperación. Para peor, en esta última etapa, sus borracheras no tenían nada de graciosas, ni épicas, como en sus buenos tiempos. Él bebía culposo, con resignación fatalista. Una actitud así era ni más ni menos una autoeliminación. Tal vez no quería volver a ser internado. ¿Quién puede saber de su sufrimiento cuando estuvo en el sanatorio? Nunca he querido ponerme a pensar cuál fue el origen y causa de su apego a la bebida. Para mí, a pesar de su carácter retozón, mi viejo siempre arrastró algún antiguo sufrimiento, agudizado en sus últimos años. Entonces fue cuando decidiría ponerle fin a su tormento, siguiendo su propia ley. En eso estoy de acuerdo con él, no hay razón para soportar un interminable trance doloroso.

Eso mismo pienso ahora, al ver al Brujo que, después de dos horas, está semiacalambreado y con el cuerpo cubierto de un sudor frío y pegajoso. Nadie puede sufrir sin una tregua. Para evitarle un *shock*, procedo a preparar la jeringa que tengo a mano. No la ha pedido, como hacen otros, supuestamente duros y muy machos, pero igual procedo a inyectarle una dosis. Con tanto pinchazo qué va a notar el hincón. Por la tensión, las venas de los brazos del Brujo se han puesto en relieve, y casi veo avanzar el líquido por ellas, como las patas de una araña por la tela en pos de un insecto atrapado en el tejido mortal. La sustancia empieza pronto a causar efecto: los músculos se relajan, el cuerpo se abandona; ahora está llegando a su mente, se está adormeciendo con una relajante blandura, como solo puede lograr este milenarismo adormecedor. Adivino su sonrisa, su expresión de placidez y me apresto a reanudar mi tarea. Antes,

le inyecto otra dosis. Es más de lo que necesita para calmar el dolor, pero el pobre ha soportado tanto y ha sido tan estoico, que quiero premiarlo con la milenaria sustancia de la flor blanca y violeta. Con esto llegará al sétimo cielo y, en adelante, nada fuera de esta maravillosa sensación podrá satisfacerlo. Ni el arte, ni las mujeres, ni la gloria, ni el poder. Nada. Solo la sustancia que lo conducirá al paraíso. Él se lo merece. Ahora puedo terminar más tranquilo mi obra, mi diseño de la araña azul que tantas veces inquietó mis sueños de juventud.